

El Burgo de Don Sebastián

Gregorio Sánchez Gómez

Colección Clásicos Regionales



Universidad
del Valle

Programa  Editorial

*El Burgo
de Don Sebastián*

Entre abogados, periodistas, damas de la caridad, triángulos amorosos, políticos corruptos y transeúntes, se narra la historia de la Cali burguesa durante la década de los años treinta. En esta novela encontramos una visión del mundo de la ciudad que vivía de cerca las convulsiones de la época, reflejadas en la conformación de familias por medio de los matrimonios a conveniencia, los negocios con la tierra, la avalancha del comercio nacional e internacional, el ambiente político y la influencia de los norteamericanos en la cotidianidad caleña y los grandes negocios de la naciente urbe.



Programa ditorial

*El Burgo
de Don Sebastián*

Gregorio Sánchez Gómez

Universidad del Valle

Programa Editorial

Título: El burgo de don Sebastián

Autor: Gregorio Sánchez Gómez

ISBN: 978-958-670-527-1

ISBN-PDF: 978-958-5156-76-0

DOI: 10.25100/peu.465

Colección: Clásicos Regionales

Primera Edición Impresa septiembre 2006

Rector de la Universidad del Valle: Édgar Varela Barrios

Vicerrector de Investigaciones: Héctor Cadavid Ramírez

Director del Programa Editorial: Omar J. Díaz Saldaña

© Universidad del Valle

© Herederos de Gregorio Sánchez Gómez

Recuperador e investigador, vida y obra de Gregorio Sánchez Gómez:

Jairo Henry Arroyo

Diseño de carátula: U. V. Media

Este libro, o parte de él, no puede ser reproducido por ningún medio sin autorización escrita de la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros. El autor es el responsable del respeto a los derechos de autor y del material contenido en la publicación, razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia, octubre de 2020

ÍNDICE

I	17
II	27
III	39
IV	51
V	63
VI	75
VII.....	87
VIII.....	97
IX	103
X	115
XI	123
XII.....	131
XIII.....	139

XIV	149
XV.....	155
XVI.....	161
XVII.....	167
XVIII.....	175
XIX.....	181
XX	193
XXI.....	203
XXII.....	211

UNA MEMORIA INDISPENSABLE

Colombia es un país de regiones por excelencia. Por las particularidades de los procesos históricos de nuestra unidad nacional, inspirados en la hegemonía del centro sobre las regiones, éstas en la actualidad mantienen con el referente nacional múltiples, contradictorias y conflictivas relaciones. Y si algo puede contribuir a un nuevo ordenamiento y equilibrio regional, como lo señala Orlando Fals Borda, es el pluralismo cultural, humano y ambiental, que sienta las bases para una diversidad reconocible y reconocida en la unidad nacional. Aquí el papel de la cultura regional, de las «fuerzas telúricas», es de importancia capital. Por eso la imperiosa tarea de sacar de la invisibilidad el patrimonio cultural de las regiones y todas sus aspiraciones latentes.

Cuando se está frente a los imperativos de un mundo globalizado, una manera de superar la insularidad y el provincianismo consiste, para desde lo local establecer vínculos estratégicos intra e internacionales, en desplegar lo propio en diálogo con el mundo. Abrir de nuevo ese diálogo es el propósito de la colección *Clásicos regionales* del Programa Editorial de la Universidad del Valle, para que a partir de lo propio en el arte, la ciencia, la educación y la cultura contar con elementos que sustenten un proyecto contemporáneo de región y de país. El acumulado que tenemos es muy importante y hacerlo visi-

ble, sin duda, será una herramienta clave para forjar un pensamiento complejo y prospectivo que sirva para encarar los retos del siglo XXI.

Las áreas de la colección son las más diversas y el propósito es ir auscultando en materiales inéditos que están en archivos particulares o bibliotecas esperando ser editados, además de la reedición de libros que ya no se consiguen y vale que sean puestos de nuevo en circulación. Del primer caso tenemos dos libros inéditos del fundador de *La Con* Ignacio Torres Giraldo *Anecdótico* y *50 meses en Moscú*, cedidos por su hija Urania Torres, materiales preciosos para entender la historia del movimiento obrero colombiano. De reediciones, la colección ha publicado los libros *Notas y apostillas al margen de un libro de cocina* y *Geografía del arte en Colombia*, escritos por el humanista e historiador del arte Eugenio Barney Cabrera. La novela *Socavón* del poeta guapiense Helcías Martán Góngora; el libro de cuentos completos *Vivan los compañeros* del bonaverense Carlos Arturo Truque. Las novelas *La bruja de las minas* y *Rosario Benavides* del escritor chocoano Gregorio Sánchez Gómez, radicado en Cali durante la década de 1930. Como un primer aporte de los estudios etno-botánicos de Víctor Manuel Patiño se publicó *La alimentación en Colombia y países vecinos* y de Hermann Trimborn *Señorío y barbarie en el Valle del Cauca*, un estudio sobre nuestro pasado prehispánico.

En esta ocasión la colección *Clásicos regionales*, se complace en presentar la obra: *El burgo de don Sebastián*, de Gregorio Sánchez Gómez, segunda edición de la publicada en 1938. Interesante novela que entre abogados, periodistas, damas de la caridad, triángulos amorosos, políticos corruptos y transeúntes se narra la historia de la Cali burguesa durante la década de los años treinta.

En esta obra encontramos una visión del mundo de la ciudad que vivía de cerca las convulsiones de la época, reflejadas en la conformación de familias por medio de los matrimonios a conveniencia, los negocios con la tierra, la avalancha de comercio nacional e internacional, el ambiente político y la influencia de los norteamericanos en la cotidianidad caleña y en los grandes negocios de la naciente urbe.

También presentamos en esta colección *Coplas de la costa pacífica colombiana*, compilación de coplas populares del Chocó biogeográfico, hecha por Víctor Manuel Patiño entre 1945 y 1960. *El Chocó en la independencia de Colombia*, con un anexo titulado *El descubrimiento del río San Juan*, que forman la primera entrega de la obra de Rogerio Velásquez, como muestra valiosa del trabajo antropológico e histórico realizado por este investigador insigne del Pacífico Sur.

Darío Henao Restrepo
Director

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

PRÓLOGO

EL BURGO DE DON SEBASTIÁN LA NOVELA CALEÑA DE LOS AÑOS

TREINTA

La escasa investigación desarrollada hasta el momento sostiene que la única novela publicada en Cali y sobre la ciudad en la década de 1930, fue *El burgo de don Sebastián*, escrito y editado en Cali finalizando la década del treinta (1938). En su carátula aparece representada la figura de Sebastián de Belalcázar, con su espada, casco, vestido típico de soldado conquistador, mirando desde lo alto una ciudad oscura y al lado de una cordillera. En este libro de XXII capítulos, también, aparece la "opinión crítica sobre el último libro del autor", en el cual encontramos consignadas la opinión del escritor Ricardo Freire. La foto y el *Ex Libris* del autor del libro, una descripción de sus obras publicadas y por publicar, y una página de correcciones también corresponden a la presentación del mismo.

El libro fue impreso por Editorial América S.A., la primera editorial moderna que tuvo la ciudad de Cali en toda su historia. Esta firma editorial dirigida por Virgilio González R., su mayor accionista y editor del periódico *El Liberal* de Cali, le publicó a Gregorio Sánchez una gran variedad de obras; de esta forma Virgilio González continuó por el camino de Arturo Zapata en el mundo de la edición e impresión de libros.

Además de las inestabilidades personales y familiares, Gregorio Sánchez pudo representar las características y las transformaciones urbanas de Cali de ese entonces. La arquitectura moderna de algunos barrios residenciales o en construcción; la descripción de la ciudad con sus oficinas, talleres y fábricas de toda índole, así como sus atardeceres y sus noches; las descripciones de la Avenida Uribe, el cementerio, los días feriados; la vida en las vías públicas, el cabaret, el templo de San Francisco, el Puerto fluvial de Juanchito; la colina de San Antonio y su panorámica de la ciudad; la estación del tren con sus ladrones; la revista de aviones en *El Guabito*; el papel de los turcos y los libaneses en el comercio de la ciudad; el posicionamiento del sector profesional (ingenieros, abogados, médicos); el asombro y la perplejidad de los ciudadanos ante el *comfort* y el bienestar que les producían los espectáculos públicos en el hipódromo, el estadio, las empanadas bailables en el Alférez Real, el circo, el aeródromo civil de la *Scadta*; los periódicos de la tarde y las películas en la noche, es decir, todo el conjunto de bienes, relaciones, individualidades y "mojones" urbanos que empezaban a marcar los nuevos referentes de la ciudad, y a decidir los modos de estar juntos en ella.

Refiriéndose al tipo de sociedad colombiana que Alfonso Lizarazo logró representar en sus obras para la década de los años treinta, el profesor Gutiérrez Girardot sostiene: "(...) Era una sociedad pobre en el más amplio sentido de la palabra. La pomposa clase alta era intelectualmente pobre. El poderoso estamento de la clerecía era moral y culturalmente pobre. Pobres eran las clases medias y más pobres aún sus aspiraciones de asemejarse a los estamentos de la nobleza. Desgraciadamente pobres eran las clases populares. El retro progreso de la república liberal, la apariencia cortesana de las altas clases sociales, el lujoso poder de las jerarquías eclesiásticas, la moderada revolución verbal de la legislación, escondían con brillo ilusorio la estructura señorial y sobre todo la existencia de toda una masa social mayoritaria que pagaba con la más útil explotación de que era

objeto, los privilegios de que seguían gozando los descendientes de los encomenderos coloniales”¹.

Estas representaciones que fueron muy típicas de los escritores liberales en la década del treinta, también las encontramos en *El Burgo de don Sebastián*. La desconfianza en los valores sociales imperantes, la ironía por el hedonismo y el gusto de los sectores pudientes –el mismo título del libro, es una expresión de esta herramienta literaria–, la simulación y el consumo aparecen como los temas a través de los cuales podemos estructurar el código de la obra. No es gratuito que la narración empiece con la descripción de la llegada de un vehículo a una moderna mansión de un barrio residencial. Completan este cuadro de yuxtaposiciones las descripciones que referencian la distinción de una mujer como Julia, al lado de su chofer personal y una criada, Felisa Cobo.

Toda esta cultura de viñeta, como lo diría el profesor Girardot, que caracterizó a los sectores pudientes de la sociedad colombiana, quedó ampliamente representada en la obra de Sánchez. Cultura superflua y subalterna que lograba enmascarar las tragedias y contradicciones propias de la condición humana, en una sociedad que se modernizaba en torno al mercado y continuaba girando alrededor de las expresiones más aristocráticas y tradicionales de la ciudad.

En *El burgo de don Sebastián*, la crisis social fue planteada por Sánchez Gómez cuando Julia Fernández de Urquijo impidió a toda costa que su hermana Carmen mantuviera relaciones amorosas con el joven aviador, Teniente Camilo Loaiza. Las hermanas Urquijo pertenecían a una familia tradicional y acomodada. Eran las hijas del coronel Calixto Fernández –un militar que había participado en la guerra civil, y había muerto hacia 10 años– y Mercedes de Fernández,

¹ Rafael Gutiérrez Girardot. “La literatura colombiana en el siglo XX”. En: Manual de historia de Colombia. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, Tomo III. Tercera edición. 1984. pp. 517, 518.

la viuda, que ante la muerte del coronel se había quedado viviendo en la casona colonial, con un traje negro y bebiendo copitas de ron “calentados” para calmar sus dolencias.

Julia Fernández era una mujer de veinticinco años, casada, cinco años después de la muerte del coronel, con Reinaldo Montejo, un abogado rico y prestigioso en la ciudad. Así, mientras dedicaba su tiempo libre a las labores de beneficencia, quiso imponer a su hermana las figuras del ingeniero Góngora y del acaudalado comerciante de sedas Jeremías Otero. Las cosas no resultaron como Julia había planeado, sin embargo, continuó interponiéndose entre la joven pareja.

La tragedia en la novela no solamente está definida por la separación entre Carmen Urquijo y el Teniente Loaiza, ante la muerte de este último en la revista de aviación llevada a cabo en *El Guabito*, sino por el terrible secreto conocido por Reinaldo Montejo, al escudriñar en la cartera y la libreta de su esposa Julia Urquijo. Julia, la mujer que se opuso a los amores de su hermana porque el teniente Loaiza no era un “partido seguro”, desde ningún punto de vista; la persona encargada de la caridad pública, que vivía en un barrio moderno y residencial, la hija del coronel Calixto Fernández, tenía un secreto: sentía atracción por un hombre que no era su esposo, el ingeniero Góngora. Sin embargo, este hecho no fue suficiente razón para que el matrimonio Urquijo-Fernández se disolviera.

Contrastes y yuxtaposiciones, prejuicios de clase, la condición humana y expresiones de una nueva cultura en la ciudad son los rasgos más importantes que Gregorio Sánchez nos da a conocer a través de un narrador protagonista. Y pese a que la novela no ha sido reconocida en las clasificaciones de los manuales de ayer y de hoy, debe ser reconocida como lo fueron varias de las novelas escritas en la República liberal de los años treinta. Estoy haciendo referencia a obras como *El estudiante de la mesa redonda* (1932) de Germán Arciniegas, *Cuatro años a bordo de mi mismo* (1934) escrita por Jorge Zalamea Borda, *La cosecha* (1935) de José Antonio Osorio Lizarazo, *Mancha de aceite* (1935) del médico César Uribe Piedrahita y *Una*

derrota sin batalla (1935) de Luis Tablanca, entre otras.

Por eso la figura de Gregorio Sánchez debe destacarse al lado de todos estos escritores de prolífica producción como él, y que paulatinamente empiezan a recuperarse para una posible literatura nacional y regional.

Para caleños y caleñas el libro significa ubicar en las representaciones propias de la literatura, así como en sus códigos, las primeras imágenes de ciudad, que aún se conservan y se modifican en los avatares propios de una modernización nacional, la cual continúa insistiendo en los valores propios del mercado y los signos aristocráticos.

Voces como las de Luis Eduardo Nieto Caballero, Santiago Jiménez Arrechea, La voz de Caldas, de Manizales o del crítico ecuatoriano Nicolás Jiménez, dieron a conocer de manera corta y ligera sus opiniones sobre el libro. Se suman a las anteriores las opiniones del poeta cubano Rafael R. Vidal y del novelista y dramaturgo ecuatoriano Humberto Salvador. Hoy, con esta recuperación, estamos invitados a una lectura creativa desde nuestras propias inquietudes de ciudadanos y ciudadanas que nos encontramos inmersos en los cambios culturales propios de finales de siglo XX y comienzos del XXI, igual como aconteció hace más de sesenta años con la ciudad en la que vivía Sánchez Gómez.

Jairo Henry Arroyo

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

El lujoso automóvil se detuvo de pronto, con silenciosa suavidad, ante la cancela de una casa de arquitectura modernísima. La cancela, de hierro forjado, estaba cerrada, y tras de su metálico encaje se veía, sumido en la penumbra crepuscular, un jardín de palmas y rosales con diminutas avenidas pavimentadas. En el fondo, hacia el centro, pequeña columnata rosada, con capiteles y plintos de subido color, hacía de vestíbulo. Alzando la vista no se distinguía al punto más que la terraza, sumida también en la penumbra; pero más allá, porque aquella casa o chalet era grande y vasta como un palacete, brillaban en lo alto luces que escamoteaban por momentos el vaivén de los cortinajes sacudidos por la brisa.

No podían ser más de las siete. Tras de un día de sol, resplandeciente y cálido, y una tarde dorada y sonora de viento, las sombras nocturnas abrían sus fastuosos velos sobre la ciudad fatigada, envolviéndola en vago misterio. ¡Noche del trópico! ¡Noche embrujada y hechizada por la transparencia oscura del aire, por los aromas múltiples de los jardines en flor, por el parpadeo de las estrellas que semejan temblorosa canícula, por los innumerables rumores que llegan de todas partes y parecen estar suspensos en la atmósfera por obra de milagrosa vibración!

A lo largo de la calle, a lado y lado del edificio, y a su frente, se alzaban otras casas, en competencia arquitectónica. El barrio era residencial y se adivinaba fácilmente el espíritu que animó la erección de las costosas y elegantes construcciones. En tan interesante y curiosa variedad de estilos se destacaban la policromía de las fachadas y el capricho de los decorados, que le daban al conjunto aspectos alegres y cierta fisonomía fantástica bajo las luces nocturnas.

¡Qué bien se viviría allí! —Pensarían sin duda las gentes que pasaban y distraían un instante su indiferencia deteniéndose a admirar las fastuosas fábricas, mientras sus miradas pugnaban en vano por penetrar la incógnita de los interiores—. Sus moradores tenían que ser gentes ricas, de esas que saben vivir y gastar el dinero. Además —seguirían sin duda cavilando los transeúntes y filósofos de la calle— quienes habitaban tales casas no podían ser sino personas absolutamente felices, acaso sin pasiones, sin penas. En las reflexiones del que contempla cualquier rica vivienda suele haber fatalmente cierto optimismo, muy parecido al que se apodera del viajero que va en un tren y ve pasar el desfile eglógico del panorama campesino.

Parado el motor, el chofer descendió del vehículo a abrir con cierta solicitud afanosa la portezuela que daba sobre el andén. Era hombre joven, pequeño, afeitado rigurosamente y vestido con afectación. Tenía el aspecto fresco de los veinticinco años, la sonrisa fácil y complaciente, los movimientos y la voz rápidos y precisos.

—¿Quiere que llame, misiá Julia? —preguntó con melosidad.

—No, Tunjito, no llame —respondió una voz dulce y firme desde el interior del automóvil—; tengo la llave de la cancela; yo misma abriré.

El chofer se apartó con respeto, para darle paso. Una mujer alta, de silueta fina y gallarda, se destacó brevemente sobre el andén mientras buscaba en la escarcela la llavecita de acero. A tiempo que abría se volvió hacia el chofer para decirle:

—Lleve el carro al garaje, Tunjito. Por esta noche queda libre. Pero no olvide que mañana debo salir antes del medio día. Está cumplido.

—Lo estaré, misiá Julia. Buenas noches.

La elegante mujer traspuso la verja, y, atravesando con rítmico andar el pequeño jardín, ascendió hasta el vestíbulo penumbroso. Oprimió un botón y el recinto se iluminó. Fuerte perfume de magnolias se desprendía de su cuerpo, como de un pebetero. Vaciló un instante cual si no supiese por cual puerta entrar. En seguida tomó la de la derecha, encaminándose lentamente a sus aposentos.

Allí también tuvo que hacer luz. En la ancha luna del armario vio su figura erguida, todavía con el sombrero y los guantes puestos y la escarcela en la diestra. Estaba algo pálida, pero sonrió. Ninguna preocupación parecía surcar la media luna de su frente; ninguna sombra velaba la luz tranquila de sus ojos grandes y profundos. Sobre la piel satinada, amasada con leche y miel de rosas, resbalaba con suavidad la luz de las lámparas, adormeciéndose morosamente en ella. La sonrisa tenía cierta expresión enigmática. Sin prisa, arrojó sobre el velador las prendas que llevaba, y levantando los brazos hasta la cabeza rectificó maquinalmente el peinado. Un peinado impecable, que nada tenía que corregir, hecho minuciosamente tres días atrás por la mejor peinadora de la urbe y que le daba aspecto pueril, pero encantador, de muñeca grande.

Julia movió en el aire los brazos magníficos, serpientes de carne y nácar, a cuyos extremos se agitaban como crótalos las áureas pulseras y fulgían las piedras de las sortijas. Miró el diminuto reloj de platino, cuajado de diamantes, quedándose un momento meditabunda. ¿Las siete? Ah. Pero, ¿qué le importaba la hora? Para ella la noción del tiempo no tenía sentido. El tiempo era uno de sus lacayos. Nada más. ¡Pobres gentes aquellas que dependen del tiempo y se esclavizan a él como autómatas, o máquinas sumisas! Se le vino a la mente, por asociación de ideas, la figura de míster Campbell, ese míster Louis Campbell, amigo de la casa, tan ocupadote, tan dinámico, tan horriblemente optimista, la boca llena a toda hora con su resobada frasecita de gringo trabajador e industrial. *Time is money*. ¡Bah! Dinero, tiempo: cosas estúpidas que debían ser siervas del hombre, y no éste criado de aquellas.

Acababa de desgonzarse sobre el sillón más próximo cuando una voz alegre y familiar rompió el silencio de la alcoba.

—¿Se puede, misiá Julia?

—Cómo no, Feli; entre —respondió la dama sin volverse.

—Ahora que vi luz en su cuarto me di cuenta de su llegada. ¿Por qué no me llamó para abrirle?

—No la necesitaba, Feli.

En seguida inquirió con calma:

—¿El señor vino ya?

—Está en el salón, leyendo. Regresó no hace mucho, pero tampoco llamó a nadie. Traía un cargamento de papeles.

—¿Sí? Bueno. Iré a buscarlo en seguida. Que tengan la comida lista para las ocho.

Aunque tales palabras equivalían a formal despedida, Felisa Cobo, la criada de confianza de Julia, no se retiró en el acto. Fue a tomar del velador el sombrero y los guantes, para guardarlos cuidadosamente en la cómoda. Se aproximó luego a otro mueble sobre cuya cubierta de cedro taponado y con taraceas de marfil se erguía solitario enorme jarrón de cristal tallado. Algunas rosas mustias languidecían allí, despidiendo agónico olor de rosa marchita. Felisa las quitó, para renovarlas al día siguiente.

Aprovechó estas maniobras para informar.

—Temprano, a eso de las cuatro, vino don Fabio de visita. Por allí dejó la tarjeta de siempre. Cuando le advertí que no estaban ni usted ni el doctor Reinaldo, se contrarió muchísimo. Hubiera oído, misiá Julia, qué lamentaciones las de don Fabio. Al fin se fue todo desconsolado, diciendo que volvería otro día. Ah, olvidaba contarle que don Fabio trajo tres librotos así y otro pequeño así, y una cajita misteriosa cuyo contenido no pude averiguar.

Como la señora simulara no prestarle atención, la criada concluyó por marcharse.

Julia cambió de traje, para encaminarse al salón. Hundido en ancha poltrona, junto a una mesita cubierta de papeles y documentos,

Reinaldo Montejo los examinaba con gran cuidado. La luz velada de la lámpara suspendida en lo alto caía sobre él bañándolo suavemente. A su lado, sobre el cenicero de bruñido cobre, ardía un cigarro a medio consumir.

—¡Hola! —exclamó al sentirla entrar—. ¿Qué tal, querida? ¿Estabas en casa, o acabas de llegar?

—Regresé hace poco. Hoy monopolicé a Tunjito, porque tuve tantas cosas que hacer.

—Para tu servicio está, Julia— dijo Reinaldo con galantería—. Por mí no te preocupes con tal que tengas toda comodidad.

—Gracias. Siempre me abrumas de atenciones.

—Como que las mereces de sobra.

—Talvez no tanto... Mira: mañana tendré que reincidir. No pude desocuparme hoy del todo.

—Reincide cuanto necesites, Julia.

—Me llevaré, pues, a Tunjito, es posible que hasta el anochecer. Pero... y tú ¿qué piensas hacer?

—Trabajaré como todos los días.

—No, no me refiero a eso. Digo que cómo vas hacer sin servicio. Si tomaras otro chofer...

—Tranquilízate. Yo me arreglaré fácilmente. También es posible que mañana almuerce en el club, con un cliente de mucha monta. No vendré, pues a casa.

Reinaldo simuló tomar los últimos datos de los papeles que examinaba, y volvió a decir en seguida:

—Me traje estos documentos para estudiarlos por la noche. Se trata de un negocio cuantioso que debo decidir antes de medio día... Tú, ¿qué hiciste hoy? ¿Dónde estuviste?

Julia demoró estudiadamente la respuesta. No había logrado acostumbrarse a los interrogatorios de marido sobre la forma como empleaba su tiempo. Esas preguntas que requerían contestaciones obligadas, especie de “partes” militares relacionados con conducta personal y sus andanzas sociales, no le agradaban ciertamente. Ver-